

renueva la puesta en valor de la egregia figura de Pedro Roldán. Con gran intensidad se describe el universo roldanesco que parece exigir una monografía que prolongue los contenidos de ésta en el análisis de la huella de Roldán en el medio artístico sevillano, su nutrido elenco de artistas y la especulación de que su herencia es objeto. Como cimiento para este conocimiento más extendido de la escultura del Barroco maduro en Sevilla debe situarse ya esta monografía.

JUAN JESÚS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ

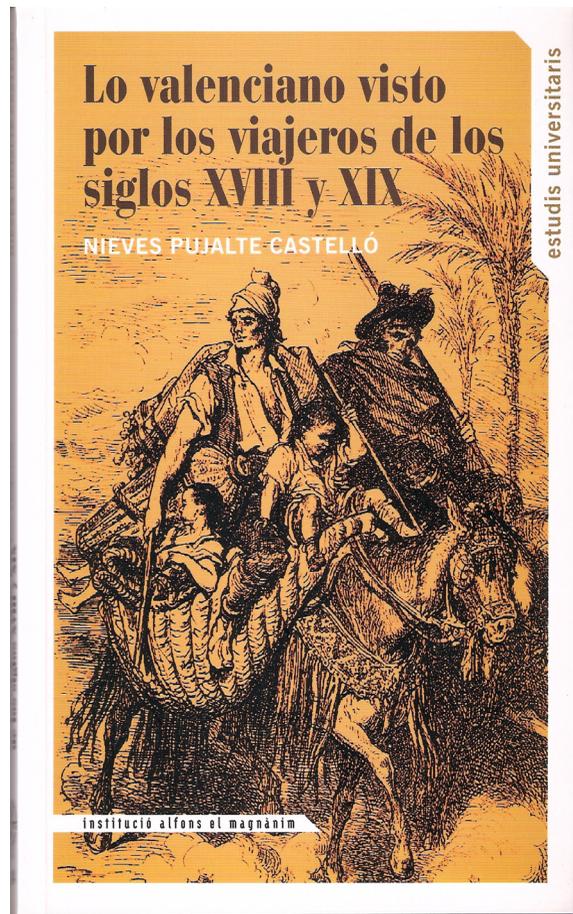
Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

PUJALTE CASTELLÓ, Nieves. *Lo valenciano visto por los viajeros del siglo XVIII y XIX*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, Diputació de València, 2012, 189 pp. y 28 ils.

La aceleración de los procesos históricos desde finales del siglo XVIII, tiene en algunos ámbitos un reflejo de su concatenación y sus consecuencias más evidentes. La transición de los ideales ilustrados a la más profunda simbología romántica, generó una dualidad de perspectivas que se puede percibir perfectamente en los períodos de transición entre siglos que se acentúa en intensidad con la dinámica ya señalada de rápida sucesión.

Uno de los contextos que mejor reflejó esa dualidad y a la postre la diferencia interna de una Europa que acentuaba sus divergencias de un modo claro por el diverso desarrollo económico de sus países, lo tenemos en los anhelados escenarios que viajeros centroeuropeos y norteamericanos buscaban en el sur del continente y que describieron y pintaron con el objeto de hacerlos conocer a sus compatriotas.

Uno de los mejores capítulos en los que se reflejó esa visión fue en la literatura de viajes. En ella se aúnan dos aspectos claramente identificables, las posibilidades de desplazamiento; y el descubrimiento de lo exótico en ambientes próximos que sustituían la lejanía de tierras orientales y que permitían la rememoración de las hazañas de personajes y héroes de un pasado envuelto en un halo de magia como el medioevo.



En el caso español, esa visión romántica la saciaban de forma clara ciudades como Córdoba, Sevilla o Granada. A ellas se unían otros territorios que no exentos de romanticismo, tenían también en sus monumentos y en sus tipos humanos ese atractivo que les hacía objeto del interés de los viajeros extranjeros.

Esta propuesta es la que tan brillantemente nos ofrece la profesora Pujalte Castelló en esta obra sobre tierras valencianas y alicantinas, a partir de su tesis doctoral, ampliada y reorganizada.

La capacidad del ser humano para trasladarse de un lugar a otro ha sido en ocasiones minusvalorada por las distancias a recorrer, pero es cierto que la literatura de viajes siempre ha sido el mejor exponente de esa acción. Un recorrido por la misma para entender su evolución, muestra la diversidad de sus posibilidades que van desde las descripciones distantes a una valoración objetiva del mundo, donde el papel del viajero cambia con la misma percepción que de las funciones del viaje se tiene y que en cualquier caso colman las ansias de conocimiento de la sociedad que en cada momento la ha demandado.

Los siglos XVIII y XIX conforman posiblemente la antítesis de los valores que se esperaban de estos ejercicios de conocimiento. Dentro de las propuestas dieciochescas del Grand Tour, las posibilidades de los desplazamientos a lo largo del Setecientos pasan por un abanico de aspiraciones que van desde las que proponen el conocimiento exacto del mundo en una dimensión íntima para quién realiza el viaje, a una proyección didáctica y docente propia de lo ilustrado. Frente a ello, lo subjetivo y emocional abriría las puertas a un romanticismo que se hace más evidente a lo largo del siglo XIX, con una visión más íntima y menos racional como había ocurrido en la centuria anterior y del que había sido su principal exponente Lord Byron.

En cualquier caso fueron propuestas que serían ante todo fuentes de información gracias a una narrativa rica y en ocasiones prolífica donde los datos sobre regiones, ciudades, costumbres o arte configuran paisajes en el más amplio sentido del término, justificando el interés que se tuvo en ellos por quienes buscaban la ensoñación de lo exótico en el contexto próximo del sur de Europa, donde la herencia musulmana era un valor añadido.

Con estas premisas, la obra de Nieves Pujalte Castelló reúne de una sabia forma la percepción que se tuvo del territorio valenciano, que se configuró como una ruta perfectamente articulada dentro de la diversidad peninsular y que era atractiva por las mismas razones que otros destinos más consagrados. Registrada en literaturas medievales, el Levante peninsular se constituía en objeto y preámbulo de una más rica producción posterior y en ámbitos diversos como el de las revistas.

El análisis incisivo que sobre el objeto de estudio hace la profesora Pujalte, abarca un amplio período de tiempo, 1759-1896, en donde reflexiona a partir de la visión de las provincias valenciana y alicantina, con la doble perspectiva del viajero, la científica y la personal. Una propuesta con la que esta investigadora alicantina afincada en Estados Unidos se vuelve tremendamente actual al aproximarse al conocimiento de estos dos contextos desde la noción del paisaje y por ende del paisanaje que en definitiva lo sostiene.

Como bien apunta, «las propuestas estéticas o temáticas renovadoras como el paisajismo apenas han sido exploradas en la literatura peninsular». Un ejercicio que desde lo literario busca la relación entre la realidad y su descripción, sin dejar de lado lo estético, a lo que dedica otro interesante capítulo. Un paisaje como género pictórico de clara autonomía y personalidad desde el Renacimiento, cuando se mostraba como ejercicio intelectual de contextualización del ser humano que poco a poco iría dando un mayor protagonismo a la Naturaleza como ente individual, sin olvidar la huella que la modelaba. Como acertadamente apunta respecto a la valoración de la labor de algunos autores en sus ejercicios pictóricos, «El viajero se transformó de este modo en un pintor paisajista que ponía de relieve en el paisaje aspectos tales como la perspectiva, los

efectos de luces y sombras y, fundamentalmente unos principios estéticos de carácter clásico que resaltaban la importancia de la “uniformidad y regularidad geométrica”».

El equilibrio que se desprende de la organización interna de este libro se refleja perfectamente en los tres bloques en los que se organiza y que plasman la comprensión que la autora tiene sobre el tema. Manteniendo la diferenciación señalada entre la percepción del viajero científico y el romántico, desgrana los elementos identificadores de cada uno de los tiempos en los que ambos se desarrollan. En el primero de los apartados valora aspectos tan interesantes y propios del siglo XVIII como la belleza ilustrada, basada en el clasicismo y el racionalismo intelectualista que da autoridad a la razón como ella misma apunta; o el utilitarismo científico que valoraba más que la belleza, el papel de fuente de conocimiento del mismo paisaje; aprovecha la ocasión también para abordar la idea de jardín, máximo exponente de la relación en sus diversas tipologías entre el ser humano y la naturaleza.

Al siglo XIX dedica los otros dos apartados. En ellos afronta su propuesta desde presupuestos tan representativos como los de pintoresco o memoria, sin dejar de apostar por una visión equilibrada del tema al proponer una valoración recíproca entre la percepción que los viajeros tenían de los valencianos y alicantinos, y de cómo éstos veían a quienes les visitaban. Una apreciación donde entra la concepción de lo pintoresco, visto como ese matiz a registrar ineludiblemente.

Es en el segundo de los bloques apuntados donde hace una distinción de tres niveles tremendamente sugerentes como son la percepción macrocósmica de lo mediterráneo, la microcósmica de la ciudad y el pueblo y por último el discernimiento de los tipos humanos propios de este tiempo, los campesinos, los proletarios y los burgueses. Cada uno de ellos reflejo de como el mismo paisaje se comenzaba a diversificar entre lo natural y lo urbano, siendo este último un capítulo renovado por la simbología que había adquirido la arquitectura urbana, sobre todo la impregnada de elementos de profunda significación religiosa como la gótica, y a raíz de las transformaciones que librarían a la ciudad del corsé del medioevo, con ensanches interiores y el derribo de elementos tan evidentes como las murallas, muestra clara de los tiempos modernos que se avecinaban. Un juego entre la ciudad histórica y la moderna, donde la catedral y las industrias empezaban a competir para alzarse en protagonistas del paisaje percibido y monumentos de su tiempo.

Profesora del Departamento de Lenguas Modernas de la Texas State University en San Marcos (Texas), el trabajo de Nieves Pujalte es, además de sugerente, indispensable para completar la visión de un período intenso en el que se configuraron las nociones más contemporáneas de nuestra cultura, contrarrestando el peso que otras regiones españolas han tenido tradicionalmente en este género literario.

MIGUEL ÁNGEL SORROCHE CUERVA

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.